

todos sus actos ejemplos saludables, imitémosles. Fiéles á su amistad, dociles á su voz, atentos á hacer todo lo que ellos hacen, lleváremos aqui bajo una vida completamente angelica, garantía segura de la vida celestial en la cuál ellos nos introducirán despues de la muerte. Así séa.

FIESTA DE LA MATERNIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

(II DOMINGO DE OCTUBRE)

INSTRUCCION UNICA ¹

La Maternidad de Maria.

I. Maternidad divina de la Santisima Virgen. — II. Ventajas de esta maternidad para nosotros. — III. Deberes que nos impone.

La Iglesia nos hace celebrar en este dia, cristianos, la fiesta de la Maternidad de la Santisima Virgen. El asunto de nuestra platica en esta mañana está, por consiguiente, indicado: será el misterio de la Maternidad de Maria. Dividirémos nuestras reflexiones sobre esta importante materia en tres puntos. En el primero, recordaremos lo que la fé nos enseña relativamente á la maternidad divina de Maria, é indicaremos las principales pruebas de este dogma fundamental del Cristianismo. En el segundo, os diré cuáles son las ventajas de esta maternidad para nosotros. Y en el tercero, os hablaré de los deberes que ella nos impone. — Por esta sencilla exposicion, comprenderéis al momento todo lo que semejante asunto vá á ofrecernos de interesante, y cuánto, por consiguiente, se impone á vuestra piadosa atencion ².

1. El Evangelio para esta fiesta está tomado del Evangelio para el domingo en la octava de la Epifania. Principia por estas palabras: *In illo tempore... Cum redirent...* etc. y termina por estas: *Et erat subditus illis*. La explicacion en el domingo precitado.

2. Madre de Dios! tál es el titulo, la dignidad, la grandeza dada á

I. — *Maternidad divina de la Santisima Virgen.* — Qué nos enseña la fé respecto de la maternidad de Maria? La fé nos enseña que Maria, permaneciendo completamente virgen, há sido, por

una criatura. El poder divino, aunque séa infinito, no podia crear algo más elevado. Qué acciones de gracias á tributar á Dios, que, de una hija de Adan, de una de nuestras hermanas, de la que nos há dado por protectora y por madre, há hecho su propia Madre, cuándo se há dignado tomar nuestra humanidad y ser Hijo del Hombre, él, el Hijo de Dios! Y qué veneracion, qué culto de respeto ofrecer á esta humilde y dulce Virgen que el cielo há hecho tan grande! Tiene ella mucha razon para exclamar en su cantico: *El que es poderoso há hecho en mí grandes cosas*. Luc. 1, 49. — Maria es madre de Dios; y cómo? Al buscar la respuesta á esta pregunta, qué lecciones vámos á encontrar para nuestra alma! Estudiémos este misterio en ella y en nosotros. — *Maria há concebido á Dios en su alma*. Hé aqui lo que dice, sobre esta verdad, un gran doctor de la Iglesia, con tantos otros que enseñan la misma doctrina en terminos casi identicos: Esta Virgen, de la raza réal de David há concebido el Hombre-Dios en su espiritu antes de concebirlo en su cuerpo. Preciso nos es saber cómo se hizo en Maria esta concepcion espiritual, para imitar su ejemplo. Maria habia recibido en su alma, por una completa adhesion al Verbo, su divina palabra, la eterna verdad. Dios tiene la infinita bondad de comunicarse á nuestras almas: y cuando ellas se abren á su llegada por una disposicion de la voluntad correspondiente á la accion divina, entonces se réaliza lo que Nuestro Señor dice en el Evangelio: *Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y residirémos en él*, Joan. xiv, 23. Dios estaba, antes del cumplimiento del misterio de la Encarnacion, y permanecia en el alma de Maria; y es por éso que el arcangel Gabriel la saludó diciendo: *Llena de gracia; el Señor es contigo*. Luc. 1, 28. — Oigámos lo que Nuestro Señor há dicho durante su vida evangelica. Anunciasele que su Madre está allí con sus hermanos, es decir, con los parientes de su familia temporal: *Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?* Y extendiendo la mano hacia sus discipulos, dijo: *Hé ahí á mi madre y á mis hermanos. Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre*. Mat. xii,

una gracia especial, unica é incomprendible, verdadera Madre de Dios. Pero notád mucho que decimos Madre de Dios, y de ningun modo madre de la divinidad. Maria, en efecto, no há engendrado

50. Quién es mi madre? No diriase que Jesus se ocupa poco de Maria, para alabar á los que hacen la voluntad de su Padre, y proclamar que cada uno de sus fieles discipulos, es su hermano, su hermana, su madre? Pero, quién no vé que él hace el mayor élogio de Maria, y que señala aqui esta primera maternidad que la há hecho digna de la segunda? Ah! puesto que se és madre de Jesus cuándo se hace su santa voluntad, nadie, bajo este aspecto, la tiene cómo ella; porque ninguno há hecho la voluntad de Dios, con tanta sumision, humildad, amor y perfeccion. Quién há sabido decir cómo ella: *Hé aqui la esclava del Señor, que se haga segun su palabra!* — Pero Jesus quiere tambien darnos el consuelo de pensar que, si queremos, á imitacion de Maria, adhérronos á todas sus enseñanzas y á todas sus voluntades, cómo ella le concebiremos, le recibiremos, le guardaremos en nuestro espiritu y en nuestro corazon. Y entonces tendremos con él relaciones muy intimas, significadas por esos titulos de hermano, de hermana, de madre. Quién no se apresurará á merecerlos, puesto que él mismo quiere hacernos la gracia y no pide más que nuestra buena voluntad? — II. *Maria há concebido á Dios en su cuerpo.* Hémos en frente de esta grandeza, unica en la creacion. Preparada por la divina gracia, que la habia preservado tambien del pecado original; llena de todos los dones del cielo; respondiendo con una perfeccion soberana á la accion de Dios sobre ella, Maria habia merecido tanto cómo una criatura puede merecer de infinito, el ser elegida, entre todas las hijas de Adan, para ser la madre del Salvador. Así es que su sangre virginal há circulado por las venas del Hombre-Dios; su carne completamente santa há dado la carne, los miembros, el cuerpo sagrado del Verbo encarnado. — Madre de Dios! sí, porque Jesus no era una persona humana, sinó una persona divina; porque esta humanidad que há tomado de Maria, la há unido sustancialmente á su divinidad. Vémos á esta dichosa madre, teniendo sobre sus rodillas y sobre su seno al Niño-Dios que há concebido, parido y alimentado con su leche virginal! Es su Dios, y es su Hijo! Qué deslumbradora gloria! qué inéfable dicha! — Es posible ser llamado á

la divinidad ó la naturaleza divina; decir que ella la há engendrado seria absurdo, puesto que una naturaleza éterna é infinita no puede venir de una criatura que há tenido un principio y que es finita. Pero Maria há concebido y parido, segun la humanidad, á una persona que es Dios, la persona del Verbo hecho carne, Jesucristo, en una palabra, y es en este sentido que es muy cierto decir que Maria es Madre de Dios.

Y que no se venga á objetar que Maria, no habiendo parido más que un Hombre-Dios, y de ningun modo á la Divinidad misma, no

algo analogo? Si; y véamos tambien nuestra grandeza y nuestras alegrías. El Sacerdote, por las palabras de la consagracion en el sacrificio de la misa, hace venir al Hombre-Dios á sus manos; le toma, le lleva, le dá, le renueva, y extiende el misterio de la Encarnacion. El Sacerdote y el simple fiél, recibiendo al Salvador en la santa comunión, renuevan tambien en ellos este misterio; nuestra carne y nuestra sangre están unidas á la carne y á la sangre del Hombre-Dios que se han confundido. Cuánto reconocimiento nos es necesario ofrecer á Dios, y qué amor, y qué preparacion! — III. *Maria dá á Jesus á las almas.* Hé aqui la gran mision de Maria: dar á luz á Jesus, no solamente una vez en Belen, sinó siempre en la humanidad. Ella trabaja, en su amor por Dios y por nosotros, para hacer nacer, por la gracia, á Jesus en nuestra alma, en nuestro espiritu por la fé, en nuestro corazon por la caridad, en nuestro cuerpo y todo nuestro sér por la santa comunión. Así es ella nuevamente, y en nosotros, la Madre de Nuestro Señor. Esta mision, este buen Maestro la há confiado tambien, aunque en menor grado, á todos los que consienten en sér apóstoles. San Pablo lo decia escribiendo á sus discipulos: *Hijos míos, por quienes siento de nuevo penas y fatigas, hasta que el Cristo esté formado en vosotros!* Gal. iv, 19. Qué hermosa doctrina, y cómo nos ensalza y alienta delante de Dios! Qué honor, qué merito, qué alegría, ser llamados nosotros tambien á hacer nacer á Jesus en las almas por el celo del apostolado! Ensayémosnos con todo nuestro corazon: él mismo nos ayudará y nuestra alma participará de este titulo de Maria: Madre de Dios. (Etcheverry, *Medit.* Fiestas de Octubre, Matern. de la Santa V.).

se la puede dar el titulo de Madre de Dios. Si este razonamiento fuera admisible, no se podria tampoco decir de una mujer que es la madre de un hombre; porque en el hombre hay un alma que no viene de la mujer. Pero porque el alma y el cuerpo no hacen más que un hombre, se dice con razon de la mujer que es la madre del hombre, aunque ella no produzca más que su cuerpo y de ningún modo su alma. De una manera parecida, la Iglesia nos enseña, y nosotros creemos, que Maria es verdaderamente Madre de Dios, aunque no haya producido la Divinidad, sinó por éso solo que há dado al mundo un Hijo en quién la Divinidad y la humanidad están sustancialmente unidas, cómo en el hombre están sustancialmente unidos el cuerpo y el alma. Nosotros creemos que Maria há sido Madre de Dios, pariendo á Jesús Cristo, cómo creemos que Dios el Padre es Padre de Jesús Cristo aunque no lo engendra más que en tanto que es Dios, y que no lo haya producido, en tanto que es hombre, más que por el medio de Maria. En una palabra, creemos que no hay en Jesús Cristo más que una sola persona, y por tanto más que un solo hijo, y que es tan cierto decir que este Hijo es Hijo de Maria, cómo lo es decir que es Hijo de Dios¹.

Tál há sido siempre la universal creencia de la Iglesia, así, cómo

1. No es cierto que Maria há producido naturalmente á su Hijo, contribuyendo á la union del alma y del cuerpo de Jesús Cristo, cómo las demás madres contribuyen naturalmente, á unir el cuerpo y el alma de sus hijos?... Y qué hacia ella, uniendo un alma que es yá el alma del Hijo de Dios, con un cuerpo que es yá el cuerpo del Hijo de Dios, sinó producir naturalmente un Hijo-Dios? Cf. D. Th. Sum. th. 3, p. 9, 6. a. 5, ad. 1. Y no es menos cierto que los Judios han hecho morir al Hijo de Dios en la cruz, separando solamente su alma y su cuerpo (aunque no hayan podido separar ni el cuerpo ni el alma de la divinidad), como es cierto que la santa Virgen há hecho verdaderamente nacer al propio Hijo de Dios de su casto seno, uniendo solamente su cuerpo con su alma: aunque no haya ella podido unir ni el uno ni el otro con la Divinidad. (d'Argentan. *Confer. sobre las grandezas de la Santa V.*).

lo atestiguan los escritos de todos los antiguos Padres. Nos limitaremos á recordar las palabras de uno de ellos: « La Santa Virgen, dice San Gregorio, es llamada á la vez esclava y Madre de Dios. En efecto, es la esclava del Señor, porque el Verbo engendrado de toda eternidad es igual á su Padre. Es Madre de Dios, porque el Verbo se há hecho hombre en su seno, y de su propia sustancia, por la operacion del Espiritu Santo: en efecto, la union de la divinidad con la carne del Salvador se há hecho en el instante mismo en que este cuerpo há sido concebido en el seno de Maria¹. »

Asi cuándo, en siglo quinto, un patriarca de Constantinopla, llamado Nestorio, reconociendo completamente en ella las más elevadas prerrogativas, se atrevió á negar á Maria su titulo de Madre de Dios, doscientos obispos se reunieron al momento en concilio, en Efeso, condenaron cómo herético al impio novador, y sostuvieron sobre la cabeza de Maria su corona de la divina maternidad, entre aplausos de la ciudad y de todo el mundo catolico. « Si alguno, digeron apropiandose las palabras de un canon redactado por San Cirilo; si alguno no confiesa que Emmanuel es el verdadero Dios, y que, por consiguiente, la Santa Virgen Maria, que engendró al Verbo de Dios, segun la carne, es Madre de Dios, segun está escrito: *El Verbo se encarnó, séa anatematizado!* » Algunos años más tarde, en otro concilio reunido en Calcedonia, los Padre de esta asamblea augusta se expresaron, sobre la maternidad divina de Maria, en estos terminos: « El Cristo es Dios, Santa Maria es, por consiguiente, su Madre. El que no lo entienda asi es heréje. Abajo los Nestorianos! »

Aun cuando la Iglesia no hubiéra, por celo por la verdad y por la justicia, reivindicado con tanto ardor para Maria el titulo de Madre de Dios, que le es tan legitimamente debido, habria debido hacerlo por interes por si misma, de tál suerte el dogma de la maternidad divina de Maria se une con la religion entera. Negar este dogma equivale, efectivamente, á la destruccion de la Iglesia,

2. Lib. IX. Regist. epist. 61.

échando por tierra toda la economía de la Redención. — Sobre qué descansa esta? Sobre una persona que sea sustancialmente Dios-Hombre: Dios, para merecer el perdón del género humano, Hombre, para ofrecer á Dios sus méritos. Luego si María no es Madre de Dios, esto no puede ser más que porque Jesucristo no es sustancialmente Dios-Hombre. Pero si Jesucristo no es sustancialmente Dios-Hombre, no puede haber Redención; y si no hay Redención, la Iglesia cuya misión es de aplicar á los hombres la Redención en todos los siglos, cesa de tener razón de ser y no es ya una institución divina¹.

El título de Madre de Dios siendo debido á María en toda justicia, y el dogma de su divina maternidad formando la base misma del misterio de nuestra Redención, renovémos nuestra fé en una verdad tan esencial, adhirámonos sin reservas de espíritu y de corazón, y que sea esa nuestra conclusión práctica sobre este asunto. Esta conclusión debe sernos tanto más grata, cuanto que, cómo vamos á verlo en la segunda parte de esta plática, numerosas é infinitamente preciosas son las.

1. Sed et amplius adhuc omnibus ostendere cupio, ut agnoscant universi, assertio tua quantum impietatis obtineat. Si enim, secundum tu dicis, non est natus (Christus), sine dubio nec passus est; pati enim qui natus non est impossibile est. Quod si non est passus, Crucis nomen aufertur. Cruce autem non suscepta, nec Jesus ex mortuis resurrexit. Quod si Jesus ex mortuis non resurrexit, nec aliquis alius resurget. Quod si nullus resurget, nec judicium erit. Certum est enim quia si non resurgam, nec judicium erit, frustra erit observatio mandatorum Dei: nullus abstinentiæ locus est; manducemus et bibamus, cras enim moriemur. Hæc autem omnia connectis negans quod de Maria natus est; si enim confessus fueris eum de Maria natum, et passio subsequatur necesse est, et passionem resurrectionem judicium; et salva nobis erunt Scripturæ præcepta. Non ergo jam vana est quæstio, sed plurima in hoc verbo: sicut enim omnis lex et prophetæ in duobus sermonibus constant, ita etiam nostra omnis spes in Beatæ Mariæ partu suspensa est (*Acta disputationis Archelai episcopi Mesopotamiæ et Manetis hæresiarchæ*).

II. — *Ventajas que resultan para nosotros del dogma de la maternidad divina de María.* — Seguramente, María ha encontrado en su maternidad divina ventajas por encima de toda apreciación. Es á ella, que debe haber sido preservada del pecado original y concebida sin pecado; á ella, que debe haber sido adornada con los más ricos tesoros de las gracias, y establecida en un estado que le hacia imposible toda falta por pequeña que fuese; á ella, que debe el haber sido colocada sobre todas las criaturas, y constituida en reina del cielo y de la tierra, de los hombres y de los mismos angeles¹.

1. Lo que es María cómo Madre de Dios. — María, en tanto que Madre Dios, ocupa eminentemente el primer lugar en el orden de los seres creados, y aun excede á todos por una elevación que no puede ser comprendida más que por una inteligencia infinita. Quién dice Madre de un Dios, dice una criatura esencialmente elevada, no solamente sobre todo lo que es, por consiguiente reina del universo, soberana de la tierra y de los cielos; sino también por encima de todo lo que es posible hacer á Dios y aun de concebir, por esta razón evidente de que todas las perfecciones que Dios pueda dar á un ser salido de sus manos ó concebido en su pensamiento, habrá siempre de este ser á la Madre de Dios, la desproporción inmensa del servidor á la Madre, del subdito á la soberana. Quién dice Madre de un Dios, dice una persona asociada á la eterna fecundidad del Padre, revestida de una autoridad legítima sobre el Duéño del mundo; ella manda, y él respeta sus ordenes; ella habla y él obedece. Luc. II, 51. Es esa una dignidad, una grandeza ante la cuál todo el cielo, en su asombro, se conmueve de respeto, abismado de veneración. Los más encumbrados serafines no comprenden nada de las grandezas de la que Dios llama su Madre y que dice á Dios: «Tu eres mi Hijo!» Así María, cómo Madre de Dios, es todopoderosa en el cielo y en la tierra; de ningún modo, cierto es, por su propia virtud personal, lo cuál es el privilegio de Dios solo, sino por la virtud de su suplica á la que no puede ser nada rehusado, ni por el Padre de quién es la hija, ni por el Verbo del cuál es la Madre, ni por el Espíritu Santo que la tiene por la esposa; y hé aquí lo que nos explica tantos milagros obtenidos por su intercesión en todos los lugares, en todos

Pues bien, lo diré sin temor, las ventajas que resultan para nosotros de la maternidad divina de Maria son apenas inferiores á aquellas de las cuáles esta maternidad es el manantial para Maria misma. Revisémos rapidamente las principales de estas ventajas.

La primera es el honor. Por su maternidad, Maria es elevada á la dignidad de Madre de Dios, que es, nadie lo duda, la más sublime á que pueda aspirar una criatura ¹. Pero véd á qué honor

los siglos, y en el nuestro, en la Salette, en Lourdes y en otros cien celebres santuarios. — Maria, como Madre de Dios, no es solamente todopoderosa : es tambien buenisima, está completamente llena de la bondad divina que reside en ella y con ella ; es decir, revestida por Dios mismo del doble titulo de Madre de misericordia y de Madre de todos los hombres, investida del inagotable fondo de bondad necesaria á estos dos titulos. No tiene otra mision más que la ser misericordiosa y buena. Dios es juez y castiga porque es justo ; Maria es Madre y pide perdon, porque es Madre ; condenar y castigar no le corresponde, éso pertenece á Dios. Oh ! cómo Maria es buena ! Tenémos por ella estos sentimientos elevados de gran respeto, de profunda veneracion, de confianza y de amor que pide su posicion de Madre de Dios ? (Hamon, *Medit.*, 2º, domin. de Octub. 1. p.)

1. Los dos oraculos de la teología, el incomparable Tomás y el doctor Serafico, encuentran algo de tan admirable en la dignidad de Madre de Dios, que el primero enseña que « la Santa Virgen, por ser Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita á causa del bien infinito que es Dios ; y bajo este punto de vista no puede hacer nada mejor, cómo no se puede ser nada mejor que Dios. » Sum. th. 3, p. q. 25, a, 6, ad. 1. El otro há escrito, que « Dios puede bien hacer un mayor numero de mundos y llenarlos de criaturas más nobles que todas las que componen este ; pero que no podria hacer otra más grande Madre de Dios que la Santa Virgen. » S. Buenav. *in Spec. B. V. c.* 8. Estos dos grandes genios no ignoraban que no hay limites para el poder de Dios, y que es la condicion de este poderio, el poder hacer, hasta el infinito, criaturas más perfectas que las que habrá producido ; de otro modo se veria agotado, y cesaria de ser todopoderoso ; lo que es absolutamente imposible, porque seria necesario que Dios dejára de ser Dios, si cesaba de

somos nosotros mismos elevados por la maternidad divina de Maria ! La Santisima Virgen siendo de la misma naturaleza que nosotros, es decir, de la naturaleza humana, esta se há elevado en Maria, y bajo el punto de vista que nos ocupa, por encima de la misma naturaleza angelica, la cuál no há sido admitida á suministrar la Madre de Dios. En este sentido estamos sobre los mismos angeles, que sin embargo son, por su naturaleza, las primeras criaturas de Dios. Qué honor para nosotros !

Pero por eso mismo que Maria es de la misma naturaleza que nosotros, es necesariamente nuestra hermana. Todos los hombres, en efecto, son hermanos, la ciencia nos los atestigua cómo la fé nos lo enseña. No es esto todo. Siendo Maria de nuestra naturaleza, su Hijo Jesus, que necesariamente es de su naturaleza en cuánto

ser todopoderoso. — Sabian, por consiguiente, que podria hacer á la Santisima Virgen más grande y más perfecta que ella no es en su sér natural de criatura, y aun de su ser sobrenatural de santa, por las gracias de que la há llenado puesto que puede siempre él dar todavia mayores, y que es cierto que su poderio no está limitado á lo que há hecho ; pero sostienen que Dios no puede hacerla ni más grande ni más noble que ella es en su dignidad de Madre de Dios, y la razon es evidente, puesto que para ser una madre más grande y más perfecta que ella es, seria necesario que tuviése un Hijo más noble y más perfecto que su Hijo unico. Y esto no se puede ni decir ni pensar, puesto que no hay nada más grande que Dios... Lo que es completamente admirable, que esta imposibilidad de hacer una Madre más grande ella, no dice impotencia en Dios ; por el contrario, en eso mismo que se muestra un Dios todopoderoso, que agota toda su esencia, sus perfecciones divinas y poderio, dando todo sín reserva, para producir un Hijo tan grande cómo él. En nada aparece tan altamente como en esto el poderio de un Dios, que no puede darse un Hijo más perfecto que su unico Hijo, cómo tampoco dar uno más perfecto á la Santa Virgen, ni por consiguiente hacer una madre más noble y más gloriosa que la que él há hecho. Esto no denota impotencia, anuncia, por el contrario, la obra modelo del poder de Dios. (d'Argentan. loc. cit.)

hombre, es forzosamente tambien de la nuestra. De dónde se sigue que la maternidad divina de Maria nos vale ser, por un lado, los hermanos de la Madre de Dios, y por otro, los hermanos del Hijo de Dios. Pero, porque el Hijo de Dios es Dios mismo, resulta de nuevo que, cómo Maria, madre de este Hijo, es justamente llamada Madre de Dios, así nosotros, hermanos de este Hijo, podemos justamente tambien ser llamados hermanos de Dios. Hé aqui hasta dónde vá el honor que resulta para nosotros de la maternidad divina de Maria. Véis que no está apenas alejado del que resulta para Maria misma. Porque despues del titulo de Madre de Dios, qué otro más elevado puede existir que el de hermanos de Dios!

No obstante, tån glorioso como séa para nosotros tener á la Madre de Dios por hermana, y al mismo Dios por hermano, la maternidad divina de Maria nos procura otra ventaja mucho más preciosa todavía, y es la de colocar la primera piedra para nuestra salvacion. Digo que esta ventaja es infinitamente más preciosa que la precedente; pues para qué nos serviría tener á la Madre de Dios por hermana, y á Dios mismo por hermano, si debiéramos permanecer éternamente separados y enemigos de esta hermana y de este hermano? Esto es lo que há querido hacernos comprender Nuestro Señor cuándo, á la mujer que acababa de proclamar dichosa á la que le habia dado á luz, respondió: Si, seguramente, es dichosa; pero más dichoso todavía es todo aquel que cumple la ley de Dios, porque es así cómo se llega al cielo, que es la mansión de la verdadera dicha¹.

Para volver á nuestra cuestion, y en cuanto á saber si es cierto que la primera piedra para nuestra salvacion há sido puesta por la maternidad divina de la Santisima Virgen, no podria dudarse de ello. Es seguramente muy cierto que nuestra salvacion há sido rabajada por Nuestro Señor Jesucristo, y que no podia ser réalizada más que por él solamente. Pero no es menos cierto que, en el plan por Dios adoptado para la redencion de los hombres,

1. Luc. xi, 28.

Nuestro Señor tenia necesidad de una madre, puesto que debia hacerse hombre, semejante á nosotros en todas cosas, excepto el pecado¹. Luego, si el Salvador tenia necesidad de una madre, quién no vé que la maternidad de la mujer élegida para serlo es el punto de partida de la redencion y de la salvacion de los hombres? Mientras que esta mujer no há sido madre, la redencion de los hombres no há comenzado; pero há llegado á ser madre? al instante la obra de la salvacion del genero humano há comenzado, y la primera piedra há sido puesta por el hecho mismo de la maternidad.

No es esto todo. La maternidad divina de la Santisima Virgen no há colocado solamente la primera piedra para la salvacion de los hombres, les procura todos los dias la consumacion. Hé aqui cómo. Todos sabemos que la salvacion general del genero humano há sido adquirida por Nuestro Señor á costa de su vida, que há ofrecido á su Padre en la cruz del Calvario. Pero sabemos igualmente que esta salvacion adquirida para todos, no es acordada sin embargo más que aquellos que se arrepienten de sus faltas. Luego no podemos arrepentirnos de nuestras faltas más que en tån to que Dios nos hace la gracia de ello. Pero, de está gracia del arrepentimiento, no somos todos los dias más y más indignos por el criminal abuso que hacemos de la bondad y de los dones de Dios? Quién, por consiguiente, apaciguará su justa indignacion contra nosotros, y le dispondrá á acordar nos la gracia del arrepentimiento, y por ella nuestra parte de redencion? Solamente una madre puede tener bastante imperio sobre el corazon de un hijo para obtener estos resultados; y de hecho, sola Maria los obtiene todos los dias para una multitud de pecadores.

Esta creéncia há siempre sido la de la Iglesia. Hé aqui en que terminos entusiastas la expresaba el gran San Eufren, que vivia en el cuarto siglo de nuestra era: « Por vos, oh! Santa Madre de Dios, exclamaba dirigiendose á Maria misma, por vos estamos

1. Hebr., iv. 15.